

en verdad consolador para los que hemos consagrado nuestra pluma y nuestra palabra á la libertad, para los que hemos acudido en su defensa á todos los campos de batalla, para los que la llevamos como un culto en el corazón, como una luz en la conciencia, ver que aún los poderes fortísimos confiesan la existencia de otro poder más fuerte, que es la libertad. Se siente algo de la satisfacción que debieron sentir los primeros cristianos, cuando después de aquella inteligente reacción de Juliano, inspirada por tan altos pensamientos, servida por tan grandes filósofos, proseguida con tan indomable constancia, le vieron vacilar y decir, llevándose la mano al corazón desgarrado por el mal logro de toda una vida ilustre, y por la debilidad de toda una obra gigantesca: «Venciste, Galileo.» Sí, hay que desengañarse. Crucificada, la libertad convierte su patíbulo en un trono, enterada, la libertad convierte en una nueva cuna su sepulcro. Ella es como el espíritu humano, inmortal é incoercible. Los poderes que la han combatido, concluyen por sucumbir á su fuerza; los poderes que la han negado, concluyen por sucumbir á su evidencia. El principio de libertad es el principio humano por excelencia. El principio de libertad es el primer agente del progreso. Y sin embargo, escribo acerca de uno de los pueblos que ménos han comprendido la libertad. Lo cierto es que ya provenga de una tendencia constante del poder á conspirar contra la libertad, ó de una tendencia constante del pueblo á abusar de la libertad, su reinado ha sido siempre efímero. La Francia ha divorciado de una manera tristísima estos tres términos correlativos en toda la historia; ha divorciado la libertad de la igualdad, la autoridad del derecho, la sociedad del individuo. Ha creído que para ser verdaderamente democrática debía sacrificar el principio de libertad al principio de igualdad, cuando estos dos principios son en la sociedad, como la extensión y la impenetrabilidad de los cuerpos en la naturaleza, perfecta-

mente armonizables. Ha creído que la libertad debía fundarse sobre las ruinas de la autoridad, ó la autoridad sobre las ruinas de la libertad, cuando las dos ideas se necesitan, la libertad para que de ella nazca la autoridad social, y la autoridad social para que haga coexistir todas las libertades y la libertad de todos. La autoridad y la libertad son como el tiempo y el espacio en el Cosmos. Ha creído que para ser libre debía renunciar el hombre á la sociedad, ó para ser social, á la libertad; cuando sociedad y libertad son como la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta en los planetas. Estos errores han hecho oscilar continuamente la historia moderna francesa entre la dictadura y la anarquía. Y luego los apóstoles de la libertad en Francia han creído reunir á su causa, á su planteamiento, no sé qué especie de esperanzas fantásticas, de poemas épicos, de renovaciones misteriosas, de felicidad sensual, de goces materiales, de bienestar completo para el pueblo. Y como la libertad tiene cierta gloriosa austeridad; como á ella va unido el derecho, y el derecho sólo puede hacer que cada hombre realice su propia vida, bajo su entera responsabilidad, cuando la libertad ha venido, y con ella no ha venido la realización de la utopía socialista, la Francia se ha creído engañada, y en su desencanto, ha abdicado su libertad. Además, cuando el pueblo francés ha sido dueño de sí mismo, no ha acertado á resolver estos dos grandes problemas, sin cuya solución previa toda libertad es imposible. Primero: reducir el gobierno á su menor expresión posible, quitarle toda suerte de facultades que puedan dañar al derecho. Segundo: realizar una amplísima descentralización administrativa. Pero de todos modos, cuando se veía al apóstata de la democracia invocando la libertad, el ánimo se elevaba á la antigua leyenda cristiana, que presenta al más hábil de los reaccionarios con profundísima herida en el alma, y esta palabra en los labios: «Venciste, Galileo.»

CAPITULO LXVII.

MAS COMPLICACIONES.

¡El quince de Agosto! ¿Quién no habrá oído mentar la fiesta imperial? Un día del año París se divertía. Pero el hombre tan fácil en buscar el dolor, tan rico de invenciones para matar, no tiene igual facilidad para buscar el placer, no tiene la misma inventiva para divertirse. Estamos en la moderna capital de Europa. El mundo entero le presta vasallaje como á la antigua Roma. Si aquella tuvo sus procónsules y sus pretores, tiene esta sus sables y sus modistas.

A la fiesta imperial se consagraban cantidades enormes. ¿Pues creéis que lograban divertir á París? Nada de eso. La fiesta comenzaba por una circular del arzobispo, diciendo que aquel tiempo en nada desdecía de los mejores tiempos de Francia. Dios nos libre de los amigos inhábiles. Cuando el arzobispo de París afirmaba, como artículo de fé, la grandeza del Imperio, daba prueba de que muchas gentes lo dudaban. Yo no he visto á ningún obispo escribir una pastoral para afirmar la claridad del día. Pero lo más donoso del caso es que su eminencia afirmaba que vere-

mos bien la grandeza de este nuestro tiempo cuando nos hayamos muerto. Si para tan largo me lo fais.....

Además, yo creí que la primera autoridad religiosa de Francia profesaba, como buen católico mitrado, el dogma consolador del Infierno. Pero lo dudaba desde el punto en que le veía afirmar nuestra admiración allá en la eternidad por el París del segundo Imperio y por su tiempo. Tiene París tantas seducciones, hay bailes tan provocativos, comedias tan agrídulces, cafés-cantantes tan verdes, cancioneros tan libres, mujeres tan amantes, can-canés tan continuos y moralistas tan pesados, que en Dios y en mi conciencia os afirmo la imposibilidad para sus habitantes allá en la eternidad, de ver otra cosa que los tizones del Infierno, si no los ha extinguido la prosa de Voltaire.

Pero si admiramos no nos divertimos. La mañana comenzó por una de truenos, como si ya resonara el cañon de la guerra. Las nubes lloraban cual si ya vinieran los días de Noviembre. Las hojas se caían y se pegaban

secas al barro. Un manto ceniciento cubría el cielo. El día anterior hubo revista; pero como se ignoraba si habría guerra ó habría paz, nadie sabía por qué entusiasmarse. Un silencio grave, solemne, pesaba sobre París, como si la gran ciudad presintiese que despues de quince años de sueño, se acercaba la hora de despertar, siquiera para ver morir sus hijos en la frontera á una señal de su César.

En cuanto á la fiesta del quince, yo os hubiera desafiado á que os divirtierais como no llevarais dentro del corazon la fuente de la alegría. Algunas banderas por las casas que más ó ménos dependían de la policía; nubes de mendigos que podían por una antigua tolerancia tener la libertad de pedir limosna; tíñiriteros ambulantes que de mala gana y con la tristeza propia en los habitantes de las grandes ciudades, empleaban sus fuerzas en ejercicios gimnásticos; teatros de balde, á cuya puerta se reventaban y en cuyo interior se ahogaban los concurrentes; y por la noche, un fuego de artificio sobre el arco levantado á todas las glorias militares; fuego brillante que se convertía en humo como las glorias militares de los pueblos.

Confieso que prefiero las austeras fiestas de la libertad. Yo estaba en Suiza el día del jubileo nacional. La naturaleza tiene allí en sus lagos, en sus verdes colinas, en sus bosques, en sus cascadas, en sus montañas coronadas por las nieves eternas, una solemnidad que en vano buscariais aquí en estas ciudades-mónstruos, donde las habitaciones de los hombres quitan la mayor parte de su solemnidad á los campos. No había teatros, no había iluminaciones, no había tíñiriteros, no había ferias donde las sonámbulas dicen lo porvenir á pueblos que ni siquiera saben lo pasado. Nada de esto había en Suiza. Pero en cambio se oían músicas de militares voluntarios, de soldados del pueblo, que entonaban los himnos de la naturaleza, unidos á los himnos de la libertad, himnos que parecían la voz de los lagos, uniéndose á la voz de

las almas; en cambio, sacerdotes que predicaban la tolerancia universal, el respeto á todos los cultos, la fraternidad entre todos los hombres, la inviolabilidad de la conciencia humana, en el mismo sitio donde en siglos anteriores los protestantes quemaban á los católicos, y no lejos de sitios donde los católicos quemaban á los protestantes; sacerdotes llenos de elocuencia, que inspiraban la idea consoladora de que sobre las esferas celestes se alza el Dios de la verdad y de la justicia, trazando la ley de armonía en los espacios infinitos á los astros, y la ley de progreso en los infinitos tiempos, á los pueblos. Despues el pueblo reunido se entregaba á las expansiones del espíritu en discursos, en conferencias, donde se oían resonar las palabras que encienden el corazon de entusiasmo, y que olean el alma, como una brisa consoladora, pasando sobre sus heridas, las palabras á las cuales prestará eterno culto el corazon humano, las palabras pátria y libertad.

La verdad es que una série de escritores adictos al Imperio, se habían propuesto excitar los sentimientos rivales entre Francia y Prusia en vez de apaciguarlos. Yo no comprendo esa política francesa que consiste en molestar y ofenderse del crecimiento de los pueblos vecinos. Si Alemania llega á la unidad, pasando sobre los reyecillos feudales, ese buen ejemplo se lo ha dado Francia. Si Alemania se constituye en Imperio militar, fuerte y centralizado, también le ha dado Francia ese mal ejemplo. Ignoro qué utilidad reportaba el recordar con acritud que los reyes de Prusia fueron electores de Brandeburgo, y que los electores de Brandeburgo recibían una pensioncita de Luis XIV. Estas rivalidades nacionales nada significan desde el momento en que se ha descubierto el interés de los reyes en estar entre sí en guerra, y el interés de los pueblos en estar entre sí en paz. Nosotros podíamos recordar que poseimos el Rosellon, la Cerdania, Flandes, Borgoña; que triunfamos en Pavía y en Bailen; y así los Es-

tados-Unidos de Europa, que son el ideal de todas las almas grandes, llegarán cuando nosotros los europeos dejemos de ser neciamente orgullosos, enfermedad espiritual de que no llevamos traza de curarnos.

La verdad es que el mundo moderno debe á Prusia, á esa Prusia tan maldecida, la renovación filosófica, que ha formulado las grandes ideas del derecho moderno, y el aniquilamiento del Austria, que ha sostenido en su corona imperial como un titan el inmenso calabozo del derecho antiguo.

La verdad es que cuando se profundiza la historia, cuando se buscan las corrientes de las ideas bajo la corteza de los hechos, se encuentra que pueblos enemigos, contrarios, los cuales han peleado en los campos de batalla mil veces, desangrándose á un mandato real, se juntan, se unen allá en la obra celeste de la civilización, como dos coros de la epopeya eterna del progreso.

En la solidaridad de intereses modernos, en la difusión de las ideas y de las luces; cuando el telégrafo vibra, cuando las máquinas vencen y dominan la naturaleza, cuando todos aspiramos al mismo ideal de justicia que todos hemos entrevisto en la luz de la filosofía y en las tempestades de la revolución, es un crimen dividir á los pueblos.

Y al cabo, si fuera meramente una tesis académica, podrían pasar, como esparcimiento de espíritus atrabiliarios, aquellas maldiciones que leíamos á cada instante en los periódicos franceses contra los pueblos alemanes. Pero cuando de todos estos florilegios de retórica podía resultar una batalla en la cual chocaran dos pueblos y corriera la sangre á torrentes, y supiera el incendio hasta las nubes, parecíame un crimen aquella elocuencia preñada de muerte.

Por aquellos días se celebraba en uno de los barrios más excéntricos de París conmovedora ceremonia. Los niños polacos, nacidos en el destierro, nacidos en tierra de Francia, celebraban la fiesta anual de sus escuelas. Allí, á las orillas del Sena, lejos de la pátria, apren-

den la lengua nacional y la hablan, para decir que esparcidos en el mundo, diseminados por la tempestad, son testimonios vivos de la existencia de su pátria, á pesar del ensañamiento de los tiranos. Nada más tierno, nada más conmovedor que estos niños, hijos del destierro, invocando la nación ausente, repitiendo los versos de su rica literatura, los ejemplos de su heroica historia. Me recordaban las razas de Israel á orillas de extranjerío, bajo los sauces de Babilonia. Me parecían la descendencia augusta de los Profetas con la Biblia de las eternas esperanzas y de los consuelos eternos en las manos. Pero sobre todo cuando se oyó una música melodiosa, cuando sobre aquella música flotó entonado por un coro de voces puras é inocentes, por un coro de ángeles, el himno de la pátria, el corazon, las sienas latían fuertemente, y todos pronunciábamos la misma palabra, aun no ha muerto Polonia, y todos creíamos ver pasar el viento encendido de la tempestad á despertarla en su sepulcro, y todos invocábamos la libertad.

Todo nos acongojaba entonces porque veíamos por todas partes el mónstruo de la guerra. No podía interpretarse sino como grande amenaza guerrera el que estuviese á la sazón en el verano de 1867 Napoleón III por una alianza con el Austria. No puede, no debe darse otra significación al viaje y á la entrevista de Salzburgo. El único entre los grandes monarcas europeos ó sus inmediatos sucesores, que no había venido á París, ya adelantado el verano, era el único á quien el Emperador hacía una visita. Podía ser de duelo por la muerte trágica del pobre Emperador trasplantado desde el secular Imperio de Austria al fugaz Imperio de Méjico. Pero el duelo del Emperador de Austria por la desgracia de su hermano único, no debía ser muy grande, ni por consiguiente mover mucho á compasión, cuando á los pocos días tuvo ánimo para asistir á las fiestas dadas con tanta pompa al Sultán de Constantinopla en las majestuosas

márgenes del Danubio. Lo cierto, lo indudable es que en la corte de Francia, en el mundo oficial, era muy popular una alianza del Imperio francés con el Imperio austriaco. Yo no lo concebía, no me explicaba aquella ternura por Austria, por el Imperio, contra el cual ha peleado siempre Francia, siendo este uno de sus principales títulos á la consideración de las gentes. Contra ese Imperio peleó Francisco I, impidiendo que pusiera su pesado sudario de plomo sobre toda Europa; en la derrota de ese Imperio, se levantó el poder de Enrique IV á proclamar la paz religiosa en Francia; contra ese Imperio, pelearon Richelieu y Luis XIV; contra ese Imperio, ganó sus más heroicas batallas la República; y el haber herido ese sacro romano Imperio, es la gloria mayor que Napoleón I alcanzó en Austerlitz y haberlo arrastrado al borde de su última decadencia, la mayor gloria que alcanzó Napoleón III en Solferino. ¿Cómo se quería entonces rehacer lo que han deshecho tantos siglos? No hay que equivocarse; la resurrección del Imperio austriaco es la muerte de Hungría, es la esclavitud de Venecia, es el restablecimiento de la reacción en Italia; es el poder temporal del Papa restaurado, es la teocracia católica triunfando en Alemania: que no hay poder bastante fuerte á detener el desarrollo de una fuerza social, ni á impedir las consecuencias lógicas de una idea.

Debo decir que si la alianza con Austria era popular en el mundo oficial, no me lo parecía tanto en la opinión pública. Todos convenían ya en que el liberalismo de Austria era forzado y transitorio, como lo probaba su repugnancia invencible á destruir el Concordato, la obra mayor de la reacción. No se puede dudar que las opiniones democráticas han caminado mucho en poco tiempo. Si los campesinos franceses continúan entregados á esos éxtasis católicos, que se interrumpen de vez en cuando con guerras tan crueles como la guerra de la Vendée, los trabajadores de las ciudades, cuya influencia es decisiva en los días de las más

graves crisis sociales, son hoy más que nunca amigos de la democracia liberal, de esa fórmula que encierra el porvenir del mundo. Así en los últimos consejos generales triunfó la opinión democrática en casi todas las ciudades y la opinión conservadora en casi todas las campiñas. ¡Cosa verdaderamente grave! El industrial se mueve en la esfera de las ideas con la misma celeridad que las ruedas de sus máquinas y con el mismo impulso que el vapor de sus calderas, mientras que el agricultor, á quien la comunicación con la naturaleza debía inspirarle el deseo de ser libre como el viento, de remontarse como el ave al cielo, permanece inmóvil, alimentándose á la manera del árbol en el terruño de sus viejas creencias.

Y sin embargo, el mundo marcha. Así como durante los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo vieron una Alemania católica apoyada en una España absolutista, el siglo decimonono vá á ver una Alemania protestante apoyada en una Italia liberal. A pesar del viejo carácter individualista germánico, siempre ha soñado la Alemania con una grande y poderosa unidad interior. La verdad es que el problema alemán es hoy el problema mismo de Inglaterra y de los Estados-Unidos: agregar á una grande libertad y particularidad municipal un formidable poder de unidad política. No puedo decir si la patria clásica de las razas germánicas sabrá tener la medida entre el poder central y la libertad individual, que han tenido sus poderosas hermanas, la Inglaterra de aquende y allende el Atlántico. Sí diré que los medios de Mr. Bismark no son muy de mi agrado. Pero al fin no ha visto el mundo formarse la unidad de las nacionalidades sino atropellando muchos intereses particulares. Y la obra de Bismark tiene á mis ojos los siguientes méritos: el predominio de la Alemania libre-pensadora sobre la Alemania teocrática, la semi-independencia de Hungría, y la libertad de Venecia. Esta obra iba á completarse, porque Bismark estaba decidido á que

se desvaneciera la última sombra de la Edad Media, á que se arruinara el poder temporal de los Papas.

Por aquel tiempo luchaban los dos jefes de la democracia italiana, Garibaldi y Mazzini.

Estos dos hombres son como las dos fases del espíritu italiano. Es el uno la idea y el otro la acción; el uno el conspirador y el otro el guerrillero; el uno la cabeza y el otro el corazón; el uno el misionero y el otro el cruzado; el uno todo lo que hay de más profundo y de más grande en el espíritu de Italia, mientras que el otro es todo lo que hay de más vivo y de más heroico en sus sentimientos. Mazzini tiene esa intuición del genio que ve lejos, y esa paciencia del mártir que prefiere ver desvanecerse su sangre, á ver desvanecerse su ideal. Como todos los hombres de pensamiento, se adelanta á los tiempos y gusta anticipadamente el fruto de sus ideas, la vida del porvenir, ese placer, en cambio de sus dolores infinitos, reservado al genio. Garibaldi no es de la madera de este hombre, porque en el espíritu no se pueden desarrollar ciertas cualidades, y sobre todo, las cualidades eminentes, sino á costa de otras, porque el equilibrio entre las facultades humanas está casi siempre reservado á las medianías. Garibaldi tiene, como todos los héroes, la fiebre del trabajo, la necesidad apremiante de la acción, la impaciencia por el bien, la prisa por la satisfacción del amor, la ceguera sublime que Dios ha puesto en todas las pasiones, las cuales, siendo poco escrupulosas, por lo mismo son más fecundas. Mazzini quiere ir á Roma bajo la invocación de la República, aunque vaya más tarde. Garibaldi quiere ir á Roma bajo la monarquía por ir más pronto. Confieso que bajo el cielo de Roma, después que haya desaparecido la sombra secular del despotismo

teocrático, no cabe otra institución, no cabe otra forma de gobierno, digna de aquella tierra de héroes, más que la República. La monarquía ha sido popular en Italia mientras la monarquía ha trabajado en la obra de la unidad. Pero satisfecha ya esta necesidad, Italia siente otra más viva, más profunda, más grande, más difícil tal vez de conseguir á razas habituadas á una larga servidumbre; siente la necesidad de la libertad. Y dígame lo que se quiera, no hay institución, no hay forma de gobierno que pueda dar de sí la libertad como la forma republicana. Ella es la imagen viva del pueblo, y la práctica constante de la soberanía nacional. Ella solamente puede llevar la igualdad á las más altas y más elevadas esferas sociales. Bajo ella la unidad en la variedad, esta ley, así de la naturaleza como del espíritu, así de la ciencia como de la sociedad, se realiza completamente. La República es la forma única de gobierno posible en las democracias. Pero yo confieso que por ver á Roma libre, por ver la teocracia hundida, por ver cómo desaparece ese monstruo ante el cual se han estrellado las palabras de Arnaldo de Brescia y de Savonarola, por ver concluido el adulterio del poder espiritual y el poder temporal, por ver desmentidas las fórmulas bárbaras de la última Encíclica y humillados los negros enemigos de la independencia humana, por el César espiritual contra cuyo dominio pelean desde el siglo doce las gloriosas dinastías de los tribunos del pensamiento libre, esa dinastía cuya corona es de luz y cuyo centro es de ideas, he tenido siempre una impaciencia tan grande como la impaciencia de Garibaldi.

Pero los dos rivales tenían igual odio al enemigo común de la democracia, igual odio al Emperador Napoleón.